



## MICHOL.

Michol filia Saul prospiciens per fenestram vidit regem David subsilientem [atque saltantem] coram Domino, et despexit eum in corde suo.

(II Reg. VI. 16.)

**A**CABABA de ser pronunciada en los decretos eternos la reprobacion de Saul: el profeta Samuel recibió de lo alto la orden de pasar á la pequeña ciudad de Betlehem, en la tribu de Judá, y de consagrar allí por rey á uno de los hijos de Isai, llamado tambien Jessé. Tomó el profeta óleo en un vaso de cuerno y llevó consigo una víctima para ofrecer un sacrificio á Dios, y vino á Betlehem. Despues de la ceremonia religiosa, comunicó su secreto á Isai, y pidió que fuesen allí llamados los hijos de aquel anciano, no sabiendo cuál de ellos fuese destinado al trono. El mayor parecia gallardo y de agradable presencia, pero una voz íntima dió



Arango Editores

Lit de Llano y Comp.

MICHOL.

á conocer á Samuel que ni el brio exterior, ni el aire de grandeza determinaban la eleccion de la Providencia, y que aquel hombre no era segun el corazon de Dios. Las miradas del profeta pasaron sucesivamente sobre todos los hijos de Jessé, sin que la voz le designase á ninguno de ellos. Entónces Samuel dijo al padre: «¿Están aquí todos tus hijos?» A lo cual el padre contestó: «Tengo aún otro pequeño, que está apacentando las ovejas.» Envía, pues, por él, dijo el profeta á Isaí, y tráele aquí, que no nos pondremos á la mesa hasta que él venga.» Envióse á buscar al jóven pastor, y pareció allí. Su nombre era David, su edad de cerca de veinte años. Era de aspecto gallardo, de hermoso rostro: brillaba en sus ojos la llama de aquel génio que reserva Dios para grandes destinos, y tenía la cabellera de aquel color rojizo ó de fuego que los judíos y antiguos pueblos de la Germania prefieren á todo otro color. A su llegada, dijo la voz á Samuel: «Este es, levántate y dale la unción santa.» Samuel derramó el aceite sagrado sobre la cabeza de David en señal de su dignidad futura, á presencia de sus hermanos: esta no era mas que una unción que radicaba un derecho, bien que actualmente impedido de gobernar á Israel. Este acto quedó por algun tiempo como un secreto de familia: sin embargo David empezó desde entónces á manifestar en su conducta aquellas eminentes calidades que reclama el ejercicio del poder: de otra parte las circunstancias ordenadas y conducidas por una mano invisible rodeaban ya su persona, como para elevarle sobre la multitud, y darle aquel pedestal que si bien no es el mérito mismo, le hace parecer como tal á los ojos del mundo.

Ved ahí una de las escenas mas interesantes que pueden presentarse á los ojos del observador reflexivo. En medio de una familia de pastores un profeta inspirado de Dios busca un monarca para un grande pueblo. Un jóven apenas conocido es llamado de entre las ovejas que apacentaba para ser ungido rey; y en esta escena tan sublime por su misma sencillez, no se vincula tan solo el poder de un trono ó el destino de un imperio: se vincula nada

ménos que el cumplimiento de las esperanzas del mundo, el futuro destino de la humanidad. Este jóven pastor, que llegará á ser grande entre los reyes, entre los santos y entre los profetas, será también tronco de una familia de reyes, la mas ilustre de la tierra, de la cual nacerá el Suspirado de los siglos, el Supremo Libertador, y éste príncipe mismo, ese humilde hijo de José, en sus grandezas, en sus persecuciones, en sus angustias, en sus profundos y penetrantes gemidos, será símbolo y figura del Hombre Dios, cuyos dolores salvarán al mundo y cuyos tormentos le será dado ver y lamentar, rasgándose para él, el velo de lo futuro. Todos estos misterios insondables se abrigaban como en su cuna en la humilde casa de Jessé.

Dichosos tiempos aquellos en que los reyes iban á buscarse de entre los pastores, y en que un cayado se convertía en un cetro.

¡Desgraciado del pueblo en que el cetro ha de nacer de una espada!

Samuel despues volvió á Ramatha, y de aquel dia en adelante el espíritu del Señor se difundió suavemente en el jóven elegido, al mismo tiempo que se retiraba del sombrío monarca de Israel. Dominado este por el espíritu del mal, sentíase atormentado por una cruel melancolía. El sueño huía de sus ojos: mil fantasmas aterradoras le sorprendían y azoraban entre sueños. Turbado con la memoria de sus delitos y con la sentencia fulminada por Dios contra él, dejábase llevar de aquel atrabiliario, de aquel turbulento frenesí que le hacia insoportable el peso de sí mismo, y le trasportaba algunas veces hasta el delirio. Los áulicos lisonjeros, pues ya los tenia aquella reciente monarquía, ó bien interesados en calmar el humor frenético del príncipe, ó para grangearse su benevolencia, le proponen un medio para temperar aquella cruel melancolía que le llevaba hasta el furor. «Ya ves, le dicen, cómo te atormenta un espíritu maligno. Si así lo dispones, pues, nosotros los siervos que tienes delante de tí buscaremos un hombre hábil en tocar el arpa, para que cuando permita el Señor que te agite el mal espíritu, halles en sus dulces tonos algun ali-

vio en tu dolor.» No le pareció mal al aquejado monarca la indicación. Uno de los cortesanos, le habla de un hijo de Isai bebelémita, tan diestro en tañer el arpa, como valiente y hábil para la guerra, prudente en el hablar, de aspecto gallardo y favorecido del Señor. Tantas gracias juntas no se hallarian seguramente en ningun otro hijo de Israel. Declaróse desde luego la voluntad del monarca, y Saul manda á Isai que le envíe á su hijo David que está con sus ganados.

El aficionado de Betelem toma un asno, lo carga de panes y de un cántaro de vino y de un cabrito recental, y lo envia á Saul por mano de su hijo. Tal vez pretendia hacer más grato al que le mandaba buscar á su hijo; ó le daba una muestra de sencilla gratitud por haber pensado en él. Lo cierto es que el hijo de Jessé fué acogido con el mayor agrado por el monarca de Israel, el cual le cobró el mas entrañable cariño, y le nombró su escudero ó page de armas; por manera que mandó decir á Isai: «Quédese David cerca de mi persona, porque ha hallado gracia en mis ojos.»

El monarca de Israel tenia pues, á su disposición, uno de los mas poderosos recursos para suavizar los dolores del alma, y sosiegar las tormentas del corazón. El canto ¡oh! el canto es uno de los embelesos de la vida, y compadecemos de veras á los que por su organización ó por otras causas se ven privados de esa fibra secreta que dejar percibir tan dulces y encantadoras sensaciones. El canto es natural al hombre, y es innegable que toda la naturaleza tiene sus armonías así en la amenidad de los prados como en las profundidades del desierto; que un pueblo entero de cantores nos embelesa con sus gorgeos; que el alma del hombre, para guardar consonancia con el resto de la creación desahoga naturalmente con el canto sus dolores y sus alegrías. El canto es el que adormece como un prestigio mágico al mas astuto de los reptiles, ablanda las fieras, llena de placer la cabaña del salvaje, acompaña los mas dulces instantes de la vida. Tiene tal simpatía con nuestra alma, que en todos los siglos ha sido el intérprete fiel de sus dolores y de sus deseos. El ha engrandecido entre los pueblos

la gloria y el entusiasmo, ha inspirado el valor y el heroísmo, ha dulcificado la amargura del llanto imitando sus sollozos y sorprendiendo al amor le ha robado sus suspiros. La Divinidad, el dolor y el sepulcro, lo mas grande, lo mas sagrado entre los hombres se ha sujetado al canto; la flauta del pastor y el arpa del bardo han embelesado los bosques y la soledad, mientras que un coro de vírgenes cantaba las delicias del himeneo, ó una ronca trompeta llevaba los hombres al combate. Con el canto se suple la falta de las palabras, y la melodía es el lenguaje misterioso del corazón. Aquellos acentos inarticulados que penetran con tanta dulzura, y que sin excitar idea fija hieren tan á lo vivo nuestra sensibilidad, producen sensaciones que apenas pueden concebirse y que se escapan á la expresion de nuestro limitado lenguaje. La música ha quedado entre nosotros como un don del cielo, y como un celeste vislumbre de los goces de la inmortalidad.

Saul, pues, en sus horas de agitada melancolía disfrutaba las primicias del génio del héroe de Israel, y de aquellos primeros acentos que despues tan majestuosamente supieron sublimarse hasta el trono de Dios y resuenan y resonarán por todos los siglos. Muy dulces y deleitosas debian ser las primeras melodías de aquella arpa misteriosa que supo despues acomodarse á todas las dolencias del corazón, ora brillante y estática como los coros angélicos, ora tierna y adolorida como los gemidos del hombre arrepentido. Pero tanpuras armonías no bastaron para alejar del alma inquieta de Saul las fantasmas de sus remordimientos y el temor de las amenazas del cielo. La mano inocente que hacia suspirar las cuerdas sonoras no podia hacer que volviese á un corazón culpado la paz del Espíritu de Dios.

Pasado algun tiempo, en una de aquellas guerras interminables que á intervalos venian como saludables crisis á embestir y fortificar ejercitándola la constitucion de la nacionalidad judía, un soldado filisteo propuso á los bravos de Israel el terminar la querrela por un combate singular. Los campos enemigos estaban levantados sobre alturas que dominaban en el valle de Terebinto, pues los

filisteos, juntando sus escuadrones para pelear, se habian reunido en Soco de Judá y acamparon entre Soco y Areca, en los confines de Dommi, y Saul habia ordenado sus huestes de manera que se hallaban al lado opuesto del monte, mediando entre ambos ejércitos el valle del Terebinto, valle angosto y profundo que se extiende como el cauce de un rio mas allá de la ciudad de Jeremías á la derecha del camino de Jafa á Jerusalem. Un sendero que serpentea entre dos peñascos por lo largo de un barranco sembrado de mirtos, de terebintos y de olivos conduce al borde de un torrente casi siempre enjuto seguido despues de escarpadas cimas sobre las cuales está sentada una aldea árabe. El lecho del torrente está marcado por charcos de agua estancada y gran número de guijarros que forman una línea blanquecina y sinuosa. El aspecto general del país presenta algo de grave é imponente, pues los tintes sombríos que le dan severidad aumentan asimismo su grandeza.

El guerrero de Filistia tenia una talla desmedida y casi doble de los demas hombres: su cabeza, sus miembros y todo su cuerpo estaba cubierto de hierro y de acero. Dotado de una prodigiosa fuerza, traia en su cabeza un morrion de bronce: iba vestido de una coraza escamada del mismo metal, de un peso enorme: botas de bronce cubrian sus piernas; un ancho é impenetrable escudo de metal y una lanza formidable le servian para el ataque y la defensa. Este gigante era un bastardo, llamado Goliath, natural de Geth. Con ademan fiero é insultante viósele muchos dias seguidos presentarse entre los dos ejércitos, y proponer á todo Israel junto un desafío lleno de jactancia y de desprecio. «¿Por qué habeis venido para dar batalla? decia, ¿no soy yo un filisteo y vosotros siervos de Saul? Escoged de entre vosotros alguno que salga á combatir conmigo cuerpo á cuerpo. Si este tal osare medir conmigo sus fuerzas y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevaleciere, y le matare á él, vosotros sereis nuestros esclavos y nos servireis.» Y se jactaba despues, diciendo: «Yo he desafiado hoy á los batallones de Israel, pidiéndoles un campeón para batirse conmigo.» Saul empero y todo su ejército quedaban asombra-

dos y mudos de estupor á vista de aquel coloso: el miedo habia librado su valor. Por su parte Goliath sacaba de la pusilanimitad de sus enemigos largas creces de insolencia, á manera de aquellos bárbaros propensos á realzar con pueriles bravatas la superioridad de sus fuerzas físicas.

Disponfáse los israelitas á responder por medio de un combate general á las provocaciones del terrible filisteo, cuando llegó al campo David. Los tres hijos mayores de Isai habian seguido á Saul en la guerra, y David, el menor de todos, se habia retirado de la corte de Saul, y vuelto á apacentar la grey de su padre en Betlehem. Durante los días, pues, en que mañana y tarde se presentaba al ejército de Israel el orgulloso filisteo, habíale dicho á David su padre: «Toma para tus hermanos una medida de harina de cebada, y estos diez panes, y corre al campamento á llevárselos. Y toma tambien estos diez quesos de leche para su caudillo ó capitán, y verás si tus hermanos están buenos, y te informarás en qué compañía se hallan.» No existia entonces ejército permanente: en los peligros de la patria publicábase entre las doce tribus que todo hombre dispuesto á combatir pasase á un lugar designado, al cual acudian los ciudadanos con sus armas y provisiones, pues la guerra se hacia á sus expensas, y no habia recursos regularmente destinados al mantenimiento de las tropas. David habia madrugado, y despues de haber confiado sus rebaños á otro, se puso con su carga en camino para ejecutar las órdenes de su padre. Al llegar al lugar de Mugalá, en el valle del Terebinto, junto al ejército, dejó su carga entre los bagages, y corrió hácia el teatro de la lucha, pues un clamor inmenso y general parecia anunciar que iba á darse la accion.

En aquel mismo momento, y cuando David solicito se informaba de la salud de sus hermanos, pareció el bastardo filisteo, á renovar por última vez los insultos contra los israelitas, que huían de su presencia, temblando de miedo. «¿No véis, decía uno de ellos, no véis ese hombre que se presenta al combate? Pues viene á instigar á Israel. Al que le matare, le colmará el rey de riquezas; le

dará su hija por esposa, y eximirá de tributos en Israel la casa de tu padre.» Estas promesas, el instinto de las grandes acciones, y sobre todo el deseo de vengar á Dios, cuya causa, estrechamente unida á la de los judíos, sufría por todas las injurias que se le dirijian, encendieron en el pecho del jóven héroe la llama de un religioso valor. Aseguróse de la verdad de lo que se decia: «¿Qué es lo que darán, preguntaba, al que matare á este filisteo, y quite el oprobio de Israel? Porque ¿quién es este profano que así ultraja al ejército de Dios vivo?» Recordáronse las recompensas reservadas al vencedor. Entónces David se ofreció para combatir al gigante, y á pesar de las envidiosas reconvenciones que le dirijó su hermano mayor Eliab, y de las advertencias mismas del rey, que le desviaba al principio de una lucha demasiado desigual, persistió él en su generoso designio. Eliab le decia indignado: «¿Por qué has venido aquí, dejando abandonadas en el desierto aquellas pocas ovejas que tenemos? Conocida tengo yo tu altanería, y la malicia de tu corazón. A ver la batalla es á lo que has venido.» A tan cruda como injusta increpacion, el que debia ser con el tiempo figura del mansísimo Cordero de Dios, respondió con mansedumbre: «Y ¿qué mal hice yo? ¿he hecho otra cosa que hablar?» Llegó á oídos del monarca de Israel la osada resolucion de David de dar la muerte al descomunal filisteo: mandó conducir al jóven á su presencia, y David le habló así: «No hay que desmayar por los insultos de este incircunciso: yo, siervo tuyo, iré y pelearé con él.» Pero le respondió el rey: «No tienes tú fuerza para resistir á este filisteo, ni para pelear contra él, pues tú eres muchacho todavía, y él es un varon aguerrido desde su mocedad.» Replicó David á Saul: «Apacentaba tu ciervo el rebaño de su padre, y venia un leon ó un oso, y apresaba un carnero de en medio de la manada, y corria yo tras ellos, y los mataba y les quitaba la presa de entre los dientes; y al volverse ellos contra mí, los agarraba yo de las quijadas y los abogaba entre mis manos. Así es como yo, siervo tuyo, maté al leon y al oso, y lo mismo haré con este profano. Iré, pues, contra él ahora mismo, y quitaré el oprobio de nuestro pueblo.....»

El Señor que me ha libertado de las garras del león y de las fauces del oso, me librará de las manos de este impío filisteo;" añadió el jóven pastor con una tranquila y religiosa confianza. Porque sabia que hay en el cielo un consejo supremo en donde se decide la victoria, y en donde la fé sincera tiene mas voz que el cuchillo mas bien templado.

De aquí fué en efecto de donde David sacó su audacia y su esperanza. Admirado Saul de la firmeza del jóven, conoció que allí mediaba el espíritu de Dios, y le dijo: «Anda, pues, y el Señor sea contigo." Y vistióle con sus ropas ó armaduras, y púsole en la cabeza un yelmo de acero y armóle de coraza. Ciñóse David la espada de Saul sobre su vestido de guerra, y comenzó á probar si podia andar con aquellas armas. Pero conociendo que no estando acostumbrado, mas bien le servian de estorbo que de utilidad, despojóse de ellas; y tomando el cayado, que tenia de costumbre, escogió del torrente cinco guijarros lisos, y metióselos en el zurrón de pastor que traía consigo, y tomó la honda en su mano y fuese en busca del filisteo. Venia éste caminando con paso grave, precedido de su escudero. Y viéndo que se le acercaba un jóven rubio y de linda presencia le dijo con desprecio: «¿Soy yo algun perro para que vengas á mí con un palo?" y juró por sus dioses echar sus carnes para pasto de las aves y de las bestias. Respondió David: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo, pero yo salgo contra tí en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de las legiones de Israel, á las que tú has insultado este dia. Y el Señor te entregará en mis manos, y yo te mataré y cortaré tu cabeza y daré hoy los cadáveres de los filisteos á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, para que sepa todo el mundo que hay Dios en Israel; y conozca toda esa multitud que nos rodea, que si el Señor salva, no es por la espada ni por la lanza, por que Él es el árbitro de las batallas y Él os entregará en nuestras manos." Los dos ejércitos aguardaban el éxito de este combate memorable, como Alba y Roma contemplaban suspensos la luchas de tres hermanos contra tres hermanos. Moviése el filisteo para marchar hácia David, y

corriendo éste al combate contra el gigante, metió su mano en el zurrón y sacó una piedra, que disparó con la honda, é hirió tan certera en la frente del filisteo, que quedó en ella clavada, y cayó éste en tierra sobre su rostro. Y no teniendo David á mano ninguna espada, arrojóse sobre el tendido filisteo, desenvainó la suya, y le cortó la cabeza.

Es inexplicable el terror y el desórden que tan inopinada ruina causó á los filisteos. Viendo éstos que habia muerto el mas formidable de los guerreros, se pusieron en fuga dándose por perdidos. Los israelitas dando gritos de victoria, corrieron luego en su persecucion, acuchilládoles en considerable número hasta llegar á valle y hasta las puertas de Acaron, cayendo heridos muchos de los fugitivos por el camino de Sariam y hasta Geth, patria del terrible Goliath. Y vueltos de perseguir á los filisteos, los hijos de Israel saquearon su campamento. Y tomando David la cabeza del filisteo, la llevó á Jerusalem, pero sus armas las colocó en su casa. Saul quiso ver al jóven héroe, el cual, pareció en efecto á su presencia llevando en su mano la cabeza de Goliath.

Ya cuando David se dirigia contra el filisteo preguntó Saul á Abner, general de las tropas, de qué familia era aquel jóven, puesto que, segun la promesa del rey, si salia vencedor, habia de pasar á ser su yerno. Y respondió Abner: «Juro por tu vida, ó rey, que no lo sé." Despues de la victoria, puesto David á la presencia del monarca, preguntó Saul: «¿Oh jóven! ¿de qué familia eres?" Y respondió David: «Soy el hijo de vuestro siervo Isaí, natural de Betlehem." E informado el rey del nacimiento y de la familia de su futuro yerno, le retuvo en su palacio. David se portó en todo con una prudencia extrema: sus bellas cualidades y el recuerdo de su primer hazaña le grangearon la universal estima y admiracion. El alma de Jonatás, sobre todo, se unió estrechamente con el alma de David, y aquel hijo mayor de Saul le amó como á su propia vida. Igualmente generosas é intimamente unidas aquellas dos almas, no formaban mas que una. Jonatás regaló al recién venido sutúnica, su arco, su espada, y hasta el tahalí ó banda de don-